



LA VIDA RELIGIOSA DON DE VIDA EN LA IGLESIA Y PARA EL MUNDO

Para que los hombres “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10)

Asamblea de CONFER, Madrid 12 de noviembre 2009

I. LA VIDA RELIGIOSA DON DE VIDA EN LA IGLESIA

Con invierno vocacional y todo, los religiosos/as en España son 49.943, según estadística del 30 de junio de 2008. Juan Pablo II decía que la “vida consagrada está en el corazón de la Iglesia”¹. Me gusta insistir en que no hemos de valorar la vida religiosa sólo por la función social que realiza, sino, sobre todo, porque son memoria viviente de Cristo Jesús, el Verbo de la vida. No valen principalmente por lo que hacen, sino por lo que son. Viviendo en pobreza, castidad y obediencia representan, en nuestra sociedad del bienestar, un estilo alternativo de vida. La vida comunitaria de los religiosos y religiosas representa, por otra parte, la crítica más seria y real a la sociedad del consumismo, de la ostentación, del disfrute y de la lucha por el poder. En una Europa que pretende expulsar a Dios de la vida pública, que pretende vivir como si Dios no existiera, la vida religiosa es signo vivo de la presencia de Dios en el mundo y testimonio del amor de Dios. Los religiosos y religiosas estáis llamados hoy a ser signos luminosos de la presencia de Dios, a presentar más clara vuestra identidad y a poner a Jesucristo en el centro de vuestra vida. La vida religiosa sólo se explica desde la pasión por Dios y la pasión por los hombres, especialmente por los más débiles. Por eso mayoritariamente se hace presente en las fronteras de la pobreza y la exclusión tomando en sus manos la causa de los más pobres. La vida consagrada es “un signo de la ternura de Dios hacia el género humano”². Los hombres encontrarán la vida verdadera cuando se acerquen a Cristo para que, en el seno de la Iglesia, sea El quien cure sus heridas, haga renacer en ellos la esperanza y descubran el amor lleno de misericordia que Dios Padre les profesa.

Mi exposición constará de dos partes: En la primera hablaré de “La vida religiosa: don de vida en la Iglesia”. Y la vertebraré en torno a estos tres ejes: los religiosos como testigos, profetas y pastores (cuidadores) de la vida. En la segunda me detendré en: La vida religiosa: don de vida para el mundo.

¹ JUAN PABLO II, VC 3.

² JUAN PABLO II, VC 57.

1. Los Religiosos, testigos del Dios “amigo de la vida” (Sab 11,26)

Los religiosos son testigos de Dios. Pero no de un Dios sin rostro, sino del Dios “amigo de la vida”. Creo que es un precioso y preciso calificativo. Cuando finalmente Dios libra a Isaac de la muerte, Abraham entiende que se encuentra ante el ‘Dios de vivos, no de muertos’ (Mc 12,27). Al escuchar los gritos de su pueblo en Egipto y sacarlos de la esclavitud, el pueblo de la primera Alianza comprende que su Dios es el Dios de la libertad y de condiciones de vida dignas para todos. El Dios del Antiguo Testamento no se complace en la muerte del pecador, sino que quiere que se arrepienta y viva.

Pero hablando del Dios amigo de la vida, hemos de precisar un poco. La vida que el hombre recibe de Dios, más que el simple *existir*. La vida para el hombre bíblico es más que la vida biológica, implica *dicha, felicidad, fuerza, salud, bienestar...* Si la vida vale tanto para él es porque es *don* de Dios. Procede del Dios *viviente*, de aquel que es el “*Señor, amigo de la vida*” (Sab 11,26) y aspira a llegar a su plenitud en la visión de Dios: “*Tengo sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*” (Sal 42,3). Vivir al margen de Dios según la revelación bíblica no es *vida* auténtica. Separarse de Él es caminar hacia la muerte (Cf. Gn 2,17)

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6), dice Jesús y se presenta como el más sagrado icono del Dios de la vida. Sus palabras no son palabras huecas que lleva el viento, sino que “son espíritu y vida”. El ha venido al mundo para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10). El, movido por la compasión, alimenta a quienes padecen hambre multiplicando los panes, El cura a los enfermos para dar testimonio de que en la fase última del Reino de Dios no habrá limitaciones, sufrimientos ni carencias. El sana a los leprosos para reintegrarlos a la comunidad y que superen así su soledad y su aislamiento.

Pero Jesucristo no se conforma con traernos la vida terrena, sino que nos trae la vida vencedora de la muerte, la vida eterna. Las promesas de Jesús son claras y contundentes: ‘Yo soy la resurrección y la vida’ (Jn 11,25). “El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11,25). Por eso somos testigos del Dios que es capaz de sacar vida incluso de la muerte. Los milagros de resurrección de muertos son la prueba patente.

Jesucristo, el Verbo de la vida, nos otorga la vida por medio de su Espíritu. Cristo resucitado, ha sido constituido “espíritu vivificante”: “Si vivís según vuestros apetitos, ciertamente moriréis; en cambio, si mediante el Espíritu, dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis” (Rom 8,13). Se ha obrado un cambio radical de situación: el que vive según sus apetitos, realmente está muerto, pero, en cambio, el que vive según el Espíritu muriendo a las obras del cuerpo, es el que verdaderamente vive. Al Espíritu Santo le aclamamos en el Credo como Señor y dador de Vida. “Ya no pesa, por tanto, condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús. La ley del Espíritu vivificador me ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte” (Rm 8, 1 - 2). “El es, al mismo tiempo fuente de la vida, fuente viva, fuente que vivifica, fuente que procede de la vida y fuente que da vida a aquellos hacia los que se dirige”, con palabras de Gualtiero de S. Víctor³. El Espíritu da la vida, y la

³ GUALTIERO DE SAN VICTOR, *Sermones sobre el Espíritu Santo*, 8: CM 30,69.

vida que el Espíritu da no es otra cosa que la vida de Cristo, la vida que brota de la Pascua. Vivir en el Espíritu, por tanto, significa participar de la misma vida de Cristo, compartir sus actitudes internas, hacerse “un solo espíritu con Él” (1Cor 6,17). “No hay ningún sentimiento al que el hombre se apegue más que al de la vida, constata S. Kierkegaard; no hay nada que desee con mayor intensidad y fuerza que sentir la vida latir en él, y nada que le haga estremecerse más que la muerte! Pero, he aquí que se anuncia un Espíritu que vivifica. Entonces, apeguémonos a él: ¿quién lo dudaría? Danos vida, más vida, y que el sentimiento de vida rebulla en mí como si la vida entera estuviera sostenida en mi pecho... Pero esta vivificación del Espíritu no es una sublimación directa de la vida natural del hombre en una continuidad y coherencia inmediata... Es una *vida nueva* en sentido estricto. Obsérvese, en efecto, que aquí interviene la muerte, la mortificación; y una vida que es por el otro lado la muerte, es sin duda una nueva vida”⁴.

El Espíritu es fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna. “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno”. También para san Juan los ríos de agua viva del Espíritu brotan del cuerpo de Cristo glorificado. Lo que es distinto en Juan es el puesto que ocupan, dentro de la común referencia a Cristo, el misterio pascual y la encarnación. La vida que el Espíritu otorga es fundamentalmente la vida del Padre, la vida trinitaria que, en la encarnación, “se ha manifestado” (1 Jn 1,2). “La vida eterna consiste en que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tu enviaste” (Jn 17,2)

“Nos hemos preguntado más de una vez...Cuál es la necesidad, primera y última, que advertimos para esta nuestra bendita y amada Iglesia, se preguntaba el Papa Pablo VI. Tenemos que decirlo casi temblando y suplicando, ya que, como sabéis, se trata de su misterio y de su vida: el Espíritu, el Espíritu Santo, el animador y santificador de la Iglesia, su respiración divina, el viento que sopla en sus velas, su principio unificador, su fuente interior de luz y de fuerza, su apoyo y consolador, su fuente de carismas y santos, su paz y su gozo; su prenda y preludio de vida bienaventurada y eterna. La Iglesia necesita su perenne Pentecostés: necesita fuego en el corazón, palabra en los labios, profecía en la mirada...La Iglesia necesita recuperar el anhelo, el gusto y la certeza de su verdad...la Iglesia necesita, además, sentir que fluye otra vez por todas sus facultades humanas la ola de amor, de ese amor al que llaman caridad, y que precisamente es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”⁵.

Las dos vidas suscitadas por el Espíritu - la natural y la sobrenatural - no se deben separar y mucho menos contraponer. Pero tampoco se pueden confundir y reducir a una única vida que no conoce solución de continuidad. Es cierto que el Espíritu promueve la vida en todas sus manifestaciones, naturales y sobrenaturales, haciéndola apta para recibir la forma a la que Dios la ha destinado, que es la “conformidad” a Cristo. Negar la radical novedad de la vida del Espíritu significaría privar de toda relevancia al acontecimiento Jesucristo: su encarnación y su muerte y resurrección. “Gloria Dei vivens homo”, dice S. Ireneo y añade “et vita hominis visio Dei”. La gloria de Dios consiste en que el hombre viva plenamente, pero sin olvidar que la vida del hombre consiste en la visión de Dios.

⁴ S. KIERKEGAARD, *Para examinarnos a nosotros mismos. El día de Pentecostés* en Obras, ed. C. Fabro, Florencia, 1972, p. 934

⁵ PABLO VI, *Discurso* 29. 11. 1972. Citado en R. CANTALAMESSA, *Ven, Espíritu Creador*, Monte Carmelo, Burgos, 2007, 174

¿Cómo se entra de hecho en esta nueva vida? A través de dos medios fundamentales: la Palabra y los Sacramentos. Las palabras de Jesús son “espíritu y vida” (Jn 6,63). Sin el Espíritu Santo la Escritura santa es letra muerta; en cambio con el Espíritu Santo da vida (Cfr. 2Cor 3,6). Y junto con la Palabra, los sacramentos. El bautismo es el momento en que nacemos del Espíritu (Cfr. Jn 3, 5) y empezamos a “llevar una vida nueva” (Rm 6,4): “la regeneración-explica S. Basilio- como la misma palabra indica es el comienzo de una segunda vida. Pero para empezar una nueva vida, hay que poner fin a la anterior... El Señor, al otorgarnos la vida, ha establecido con nosotros la alianza del bautismo, símbolo de muerte y de vida: el agua simboliza la muerte y el Espíritu ofrece la prenda de la vida”⁶. Desde la fe en Cristo, la vida verdadera, podemos afrontar sin miedos el deterioro de nuestra vida física que el paso del tiempo acarrea inexorablemente. Confiesa S. Pablo: “Por eso no desfallecemos; al contrario, aunque nuestra condición física se deteriore, nuestro ser interior se renueva de día en día” (2Cor 4,16).

La vida eterna no es pura utopía, un sueño que no se sabe a ciencia cierta si se realizará o no. Los cristianos sabemos que “el que ama ha pasado de la muerte a la vida”, como enseña S. Juan. Por otra parte, el Cuerpo entregado de Cristo se convierte en pan de vida eterna para quien se alimenta de él. Y la Sangre derramada de Cristo se convierte para él en bebida de salvación.

Pero participar de la vida nueva del Resucitado tiene un precio. “Si el grano de trigo no muere, queda infecundo, pero si muere da mucho fruto”. No se evangeliza sin cruz. El evangelio siempre encuentra resistencia en el mundo y en nosotros mismos. El evangelio es, como reconoce abiertamente san Pablo, una locura y un escándalo (1 Cor. 2,23). El auténtico evangelizador se acredita por sus persecuciones, tribulaciones, heridas y cicatrices, trofeos de su tarea apostólica (2 Cor. 6,7). El secreto del éxito apostólico es sufrir amando, hacer de la vida una ofrenda unida a la de Cristo muerto y resucitado.

2. Los Religiosos, profetas del evangelio de la vida

Los profetas, como bien sabemos, tienen dos cometidos principales: por una parte denuncian lo que se opone al designio salvífico de Dios y por otra parte anuncian las buenas noticias que Dios les encarga.

2.1. Como profetas del Dios amigo de la vida e impulsados por la fuerza del Espíritu Santo, los seguidores de Jesucristo, y particularmente los religiosos y religiosas, *denuncian* sin desfallecer los intentos de implantar entre nosotros la ‘cultura de la muerte’. Y lo hacen conscientes de que comprometerse a favor del respeto a la vida humana suele ser estigmatizado hoy como propio de actitudes retrógradas que no están a la altura de la vida moderna y democrática.

Teilhard de Chardin alertaba al mundo cuando decía: “El verdadero peligro de nuestra época es la pérdida del gusto de vivir”. Este es seguramente uno de los frutos más amargos de la cultura de la muerte que causa tantos estragos entre nosotros. Enseñaban ya hace unos años los obispos españoles: “La dignidad de la persona se encuentra amenazada por algunos de los rasgos más sombríos de un cierto modo de pensar y de vivir que se hace pasar por moderno y desarrollado. Cuando el mundo se organiza a partir del individuo y del intercambio de bienes materiales, la persona

⁶ S. BASILIO, *Sobre el Espíritu Santo*, XV, 35: PG 32, 129 A.

queda a merced del utilitarismo y del tecnicismo que valoran más el bienestar, el placer y la eficacia productiva de artefactos de trabajo o bienes de consumo que a las propias personas en sí mismas. Una organización así del mundo se halla sujeta a “estructuras de pecado” que es necesario denunciar y combatir”⁷.

Últimamente la cultura de la muerte se centra particularmente en el inicio de la vida humana, cuando el hombre es más débil y debe ser más protegido. Luego se va extendiendo a temas como la procreación asistida, el uso de células madres embrionarias humanas con finalidades científicas, la clonación, el suicidio asistido, etc....

Hay quienes acusan a la Iglesia de estar obsesionada con el tema del aborto. No se trata de obsesión ninguna. Si ha hablado reiteradamente de él se debe, por una parte, a la gravedad del mismo y, por otra, al deterioro de la conciencia moral que ha llegado a querer convertir en derecho lo que es un delito. Por esto la Iglesia no puede callar. Ella tiene que recordar siempre que sea necesario que “la eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral... Nada ni nadie puede autorizar la muerte de un ser humano inocente, sea feto o embrión, niño o adulto, anciano, enfermo incurable o agonizante. Nadie además puede pedir este gesto homicida para sí o para otros confiados a su responsabilidad ni puede consentirlo explícita o implícitamente. Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo”⁸.

2.2. Pero, sobre todo, los religiosos y religiosas seguirán *anunciando* el ‘evangelio de la vida’. “El cristianismo, el catolicismo no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción positiva, ha recordado Benedicto XVI. Y es muy importante que eso se vea nuevamente, ya que hoy esta conciencia ha desaparecido casi completamente. Se ha hablado mucho de lo que no está permitido, y ahora hay que decir: Pero nosotros tenemos una idea positiva que proponer”. Y añade a continuación con un ejemplo práctico: “el hombre y la mujer están hechos el uno para el otro; existe una escala, por decirlo de algún modo. Sexualidad, eros, ágape, que son dimensiones del amor; así se forma en primer lugar el matrimonio como encuentro, lleno de felicidad entre un hombre y una mujer y después la familia, que garantiza la continuidad entre las generaciones”⁹. La Iglesia dice ‘sí’ a la vida, ‘sí’ a la libertad, ‘sí’ a la justicia, sí a la solidaridad y sí al amor. “El Evangelio del amor de Dios al hombre, de la dignidad de la persona y de la vida son un único e indivisible Evangelio”.

“La Iglesia se comprende a sí misma cada vez con más claridad como el *Pueblo de la vida y para la vida*”¹⁰. A ella le ha sido confiado el Evangelio de la vida y tiene, por tanto, como misión sagrada la defensa y la promoción de la vida humana. Es una misión que abarca todo el abanico de situaciones por las que atraviesa la vida del hombre, que ha de ser acogida, educada y cuidada en todo momento. A dicha misión pertenece no sólo el anuncio profético del Evangelio de la vida, sino también el fortalecimiento y la curación del vivir humano por los Sacramentos y la asistencia solidaria de la caridad”¹¹.

El futuro del Espíritu es vida, y la vida es una novedad permanente. La vida se

⁷ CEE, *La familia, santuario de la vida...*, 105.

⁸ JUAN PABLO II, *EV* 57

⁹ BENEDICTO XVI, *Entrevista a varias televisiones sobre el viaje a Alemania*, Castelgandolfo 5. 08. 2006.

¹⁰ JUAN PABLO II, *EV* 78.

¹¹ CEE, *La familia, santuario de la vida...*, 130.

sobrepone a la muerte cuando sabemos aceptar la muerte de todo lo que no es vivo, vital, vivificador. Es preciso aprender a morir para aprender a vivir: no querer aferrarse a la vida que se va, no querer retener el tiempo, no anclarse en nuestro propio pasado. El futuro es la novedad de Dios, la imaginación del Espíritu.

Lo contrario a la cultura de la muerte es la 'civilización del amor'. Fue Pablo VI el primero que comenzó a hablar de la civilización del amor. Juan Pablo II no ha cesado de repetir que no es sólo un cambio de ideas, sino un nuevo estilo de vida en el ámbito personal y en el seno de la sociedad: "el cambio cultural deseado exige a todos el valor de *asumir un nuevo estilo de vida* que se manifieste en poner como fundamento de las decisiones concretas -a nivel personal, familiar, social e internacional- la justa escala de valores: *la primacía del ser sobre el tener, de la persona sobre las cosas*"¹².

Los últimos Papas promueven la civilización del amor, que es también la civilización de la justicia y de la convivencia pacífica. Un genuino amor se basa siempre en la justicia. No hay amor donde abierta o disimuladamente se atropella al otro, se le denigra, se le destruye física o espiritualmente, se le seduce, engaña o halaga para el logro del propio provecho. La paz es un don de Dios, no se puede alcanzar la paz sin la justicia. Y, por otra parte, no hay justicia sin amor. Es el amor, pues, el motor de una nueva antropología y de una nueva civilización.

El amor genera vida. El amor es siempre don graciosa y gratuitamente otorgado. Quiere ser siempre justo, pero colorea la justicia de equidad, que es mirar al otro en una presencia "cara a cara" donde se refleja una habitual propensión a la bondad que matiza las rigurosas prescripciones de la justicia legal y sus fastidiosas burocracias. Es importante entonces, saber dar al otro lo que se le debe en justicia mediante gestos y palabras que descubran la solidaridad del amor. Porque solo el amor podrá cambiar la historia, pero nunca lo hará si no se encarna en una justicia real.

El verdadero amor no consiste esencialmente en dar para recibir, sino en dar y recibir. El auténtico amor no espera ni exige agradecimiento ni recompensa. Es siempre gratuito. Se entrega de mil formas sin buscar nada a cambio. El verdadero amor es servicial. San Pablo nos dice: "*El amor es paciente, benigno; no es envidioso, ni se jacta, no se enorgullece; no es descortés, no es interesado, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera*" (1Cor. 13,4-8). Estas actitudes manifiestan diversos aspectos de la actitud de servicio hacia los demás. Porque servir es dar vida, promover la vida, llevar a plenitud la vida del otro, aún a costa de la mía propia. Cristo nos dice en el Evangelio que su misión y su objetivo principal es el servir y dar la vida por los demás, entre los cuales nos encontramos cada uno de nosotros.

El amor verdadero respeta absolutamente a la persona amada. Hemos de dar y darnos de tal manera que quien reciba no se sienta nunca humillado ni chantajeado. Dar cosas materiales es relativamente fácil. Lo difícil es dar la vida, es darse. Dar un trozo de mi ser, unas horas de mi tiempo escaso, compartir los sentimientos más íntimos, cómo voy descubriendo el sentido de mi vida... En una palabra: construir el corazón de los demás con fragmentos de mi propio corazón.

¹² JUAN PABLO II, *Discurso en Nueva York del 5.10.1995 con motivo del 50 aniversario de la ONU*.

Los religiosos nos recuerdan que la vida la recibimos como un don que debe ser compartido y entregado. La vida es sagrada porque es un don del Dios de la vida que recibimos de un modo totalmente inmerecido. Es sagrada desde que comienza y lo es para siempre y para todos. Vivir es ser amados. Ahora bien, si la vida es un don ha de permanecer siempre don. Quien retiene el amor para sí se gana su propia ruina o se convierte en un monstruo. Al principio la vida es don recibido y al final ha de convertirse siempre en don donado. La vida consagrada recuerda a todos que la vida es 'sagrada' y ha de ser siempre de algún modo 'consagrada'. Los religiosos han de vivir su consagración como una bendición respecto a la vida, como una narración del sentido extraordinariamente positivo de la existencia y de su fin natural, y como acompañamiento de que vive en dificultades o está cercano a la muerte, a fin de que viva ese último acontecimiento como algo positivo y sin angustia. La vida consagrada existe para afirmar y recordar a todo hombre que es un regalo, y que todo en su vida viene de fuera, puesto que nada es mérito suyo. Es fruto de un acto de amor gratuito, pero no impersonal. Dios lo ha considerado digno de vivir y lo ha convertido en radical y definitivamente amable. Y ha sido destinado a vivir para siempre, a dejarse amar durante toda la vida. Este sentido sagrado de la vida es el que la vida consagrada quiere mantener vivo en la conciencia de todos¹³.

3. Los Religiosos, pastores (cuidadores) de la vida

La vida humana ha sufrido y sigue sufriendo agresiones. Ciñéndonos exclusivamente al aborto, las cifras resultan escandalosas: en España se produjeron en 2008 112.138 abortos, 6.273 de ellos en muchachas menores de 18 años. Son las consecuencias de un proyecto de haber banalizado la sexualidad humana, desvinculándola primero del matrimonio, luego de la procreación y finalmente del amor. Como hemos podido comprobar, el camino de la 'revolución sexual' al que nos hemos visto sometidos. no ha traído más libertad ni más progreso, sino más promiscuidad sexual y a la larga han aumentado los embarazos precoces.

“Hay que reconocer -dijo el Papa Benedicto XVI el 12 de mayo de 2008 - que defender la vida humana se ha convertido actualmente en algo más difícil, porque se ha creado una mentalidad de pérdida progresiva de su valor, confiado al juicio del individuo. Como consecuencia, existe un respeto menor a la misma persona humana, un valor que es el fundamento de toda convivencia civil, por encima de la fe que se profesa”.

“Siguiendo una gloriosa tradición, leemos en el documento *Caminar con Cristo* nº 38, un gran número de personas consagradas, sobre todo mujeres, ejercen su apostolado en el sector sanitario, continuando el ministerio de misericordia de Cristo. A ejemplo de Él, Divino Samaritano, se hacen cercanas a los que sufren para aliviar su dolor. Su competencia profesional, vigilante en la atención a humanizar la medicina, abre un espacio al Evangelio que ilumina de confianza y bondad aun las experiencias más difíciles del vivir y del morir humano. Por eso los pacientes más pobres y abandonados tendrán un lugar privilegiado en la prestación afable de sus cuidados”.

También los religiosos y religiosas cuidan y defienden, con vigilancia atenta y constante perseverancia, la vida humana débil y amenazada. La que necesita más amoroso cuidado. “Es necesario consolidar la cultura de la acogida y del amor que

¹³ Cf. A. CENCINI, *Consagrados con amor, por amor y para el amor*, en *El gran don de la vida consagrada, II Jornada para la Vida Consagrada en la Iglesia en España*, Edice, Madrid 2009, 94-95

testimonian concretamente la solidaridad hacia quien sufre, derribando las barreras que la sociedad levanta con frecuencia discriminando a quien tiene una discapacidad o sufre patologías, o peor aún, llegando a la selección y el rechazo de la vida en nombre de un ideal abstracto de salud y de perfección física. Si el hombre es reducido a objeto de manipulación experimental desde los primeros pasos de su desarrollo, significa que las biotecnologías médicas se rinden ante el arbitrio del más fuerte. La confianza en la ciencia no puede hacer olvidar el primado de la ética cuando está en juego la vida humana”¹⁴. También de María aprende la Iglesia a conocer la intimidad de Cristo... Ella, que ha acogido el cuerpo martirizado de Jesús bajado de la cruz, muestra a la Iglesia cómo recoger todas las vidas desfiguradas en este mundo por la violencia y el pecado.

¡Qué hermoso testimonio el que han dado en Italia las Religiosas de la Misericordia, que desde hace 16 años asistieron a una joven, en coma irreversible! En el diario italiano *Avvenire* del 15 de noviembre de 2008 se podía leer lo siguiente: “Nosotras, todas las religiosas de la clínica Talamonti, continuamos dispuestas a servir la vida de Eluana Englaro y de todos nuestros pacientes. El amor y la dedicación por Eluana y por todos aquellos que se confían a nuestros cuidados nos llevan a invocar al Señor Jesús para que la esperanza permanezca también en esta hora difícil, en que esperar parece imposible. Nuestra esperanza -y de tanto otros como nosotras- es que no se procure la muerte por hambre y sed a Eluana y a quienes están en sus condiciones. Por eso una vez más afirmamos nuestra disponibilidad a continuar sirviendo -hoy y en el futuro- a Eluana. Si existe quien la considera muerta, deje que Eluana permanezca con nosotros y la sintamos viva. No pedimos nada a cambio, excepto el silencio y la libertad de amar y donarnos a quien es débil, pequeño y pobre”

Aquí, por poner un ejemplo más cercano a nosotros, la Familia Vicenciana que está presente hoy en más de 140 países y ayuda de forma directa a más de 50 millones de personas de todo el mundo, sólo en España, los más de 20.000 miembros de la Familia Vicenciana gestionan más de 900 Centros dedicados a los colectivos desfavorecidos de nuestro país: personas sin hogar, en paro, enfermos, presos, mayores, niños, inmigrantes y familias desestructuradas. A través de sus albergues, comedores, centros de reparto de ropa y alimentos, residencias, hogares, centros educativos, centros de formación y de atención social y de sus visitas a domicilios, cárceles y hospitales, la Familia Vicenciana busca la dignidad y la justicia social y atiende las necesidades básicas de los más desfavorecidos¹⁵.

Los religiosos saben muy bien que la vida que envejece no es vida mermada, sino vida madura. Y que la vida que muere tampoco es vida que desaparece, sino vida que se transforma; no es vida que se niega, sino vida que se ofrece y que, como toda vida que se ofrece, es fecunda.

Cuando los religiosos y religiosas cuidan (pastorean) la vida humana se convierten en icono del Buen Pastor que da su vida por las ovejas y lo hace por amor y libremente. Para dar vida, y sobre todo para dar la vida de Cristo a los demás, el Señor reclama entregar totalmente nuestra vida, entregarnos en cuerpo y alma. No se trata de entregar algo de nuestro tiempo, de nuestras cualidades o de nuestro esfuerzo y de nuestro afecto. Hemos de entregar todo nuestro afecto y la vida entera. El verdadero pastor, y los religiosos y religiosas también lo son, no vive para sí mismo sino para Aquel que es su Señor y para todos aquellos que le han sido confiados. El verdadero pastor muere cada día para que aquellos que han sido puestos bajo su cuidado

¹⁴ BENEDICTO XVI, 23.02.09

¹⁵ Cf. *La Razón* 23.09.2009.

encuentren la vida verdadera: “Llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4,10). Desde esta perspectiva se entiende fácilmente que sea la Eucaristía el lugar donde los consagrados hacen diariamente la ofrenda de su vida. En ella alimentan su oración, encuentran consuelo en el sufrimiento y, sobre todo, se llenan de gozo en la acción de gracias.

II. LA VIDA RELIGIOSA: DON DE VIDA PARA EL MUNDO

La Vida Religiosa no es solamente un don de vida para la Iglesia. Lo es también para el mundo. Cuando hablo de mundo no me refiero únicamente a la realidad material que estudian la cosmología, la física y la astrofísica. El mundo es para el hombre más que un complemento circunstancial de lugar. No lo puede ver como algo ajeno o extraño, sino como algo propio, es de alguna manera su 'cuerpo ensanchado'. Esto exige ver el mundo con confianza, sin miedo a la inserción cordial en él, en el momento histórico y social que nos toca vivir y prestando atención a las corrientes ideológicas y culturales del momento. Y con la suficiente clarividencia como para no idolatrarlo. “Para los creyentes, el mundo no es un fruto de la casualidad ni de la necesidad, sino de un proyecto de Dios”, ha recordado Benedicto XVI¹⁶.

La Iglesia tiene un norte, que es Cristo, pero tiene también un centro de gravedad que es el corazón del mundo. La misión libera a la Iglesia de la asfixia, rompe la noria de la rutina, moviliza los pies para comunicar la Buena Noticia, da coraje al corazón y valentía audacia a la vida. Lo primero para la Iglesia no es lo confortable, sino lo misionero. Jesús vivió en el corazón del mundo y quiere que sus discípulos sean "luz, sal, levadura" del mundo. Los cristianos sabemos muy bien que hemos de hundirnos en la masa, pero no para confundirnos con ella, sino para fermentarla y sazónarla. La Iglesia, surgida de la predicación apostólica, tiene por misión hacer "que el mundo crea" (Jn. 17,21-23). Su misión es convertir el mundo en Reino. Porque un mundo y una vida humana que no se fundan y ordenan a la trascendencia, resultan "intrascendentes". La Iglesia "tiene una dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo encarnado"¹⁷.

Los religiosos y religiosas 'están en el mundo', pero 'no son del mundo'. Una comunidad religiosa no puede separarse o apartarse del mundo para cumplir su misión. Estar en el mundo sin ser del mundo reclama de ellos una fuerte formación teológica para poder escuchar y acompañar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sabiendo al mismo tiempo dar razón de su esperanza. Y como no pueden menos de afectarles las heridas de la sociedad actual: el consumismo, el individualismo, la proliferación de las nuevas tecnologías y otras muchas cosas, necesitan espacios de soledad y silencio, de contemplación y discernimiento para vivir la libertad de los hijos de Dios.

Pan partido para la vida del mundo

“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51). Con estas palabras el Señor revela el verdadero sentido del don de su propia vida. Para la vida

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 57

¹⁷ PABLO VI, *Discurso a los miembros de los Institutos seculares* [2.12.72].

del mundo. Es decir por todos los hombres. Jesús manifiesta repetidas veces en el Evangelio que su compasión llega a cada persona concreta y a todos los hombres y mujeres del mundo (cf. Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41). Él revela que Dios quiere la salvación para todos los hombres, a fin de que lleguen a la vida verdadera.

Esta realidad se actualiza sacramentalmente en cada celebración eucarística. Jesús sigue dando la propia vida por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos capacita para ser testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana, incluso al que no me agrada o ni siquiera conozco. Celebrar la Eucaristía es recibir la fuerza para hacernos 'pan partido' para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno.

La vida consagrada es pasión por Dios inseparable de la pasión por el mundo. Porque la pasión del mundo es la pasión de Dios: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,14). Más concretamente, la pasión por Dios debe conllevar la pasión por el mundo de hoy. Compartir la pasión del mundo en la esperanza de su liberación; acoger la ternura de Dios por cada una de sus criaturas y sentir como propio el dolor, el grito y el anhelo de todos los hombres: ése es nuestro futuro. Pero ése ha de ser también nuestro presente con todas sus expectativas y perplejidades, en unos tiempos apasionantes y arduos, repletos de grandes incertidumbres, como los que estamos viviendo.

También el mundo actual tiene necesidad de ese Pan, que es Cristo, para tener vida. En la conversación con Jesús, que se presentaba a sí mismo como el Pan para la vida del mundo, la gente espontáneamente le pidió: "Señor danos siempre de ese pan". Se trata de una súplica significativa, expresión del deseo profundo grabado en el corazón no solo de los fieles sino también de todo hombre que anhela la felicidad simbolizada en el Pan de vida eterna.

Ser «sacramento del mundo»

La vocación de la Iglesia, y especialmente de la vida religiosa, es ser 'sacramento del mundo', es decir, de realización anticipada e imperfecta en la tierra de aquello que la totalidad del mundo está llamada a ser cuando llegue a su maduración definitiva. Esta vocación entraña para la Iglesia la inquietud de ser una porción reconciliada, servicial, no violenta, utópica que sirva de referencia, de 'experimento vivo de verdadera humanidad'. En otras palabras: de edificar su propia vida sobre unas bases que resulten sorprendentes y sugerentes para esta sociedad.

Pero la comunión de la Iglesia con el mundo no puede estar exenta de contradicción. La Iglesia ha de ser lúcida no sólo para reconocer el pecado propio, sino también para reconocer 'el pecado del mundo'. Justamente una de las maneras eclesiales de colaborar con el mundo es ofrecerle el servicio de nuestra crítica. Una Iglesia muda ante las formas concretas de pecado no es servidora, sino cómplice.

4. Los Religiosos, testigos, profetas y pastores de la vida en la Iglesia particular

Los consagrados y consagradas sois una multitud muy considerable también hoy en las Iglesias particulares. Una multitud, muchas veces callada, que vive con ansias de santidad su consagración a Dios, y con verdadero entusiasmo su servicio de acogida solidaria y acompañamiento samaritano al prójimo, especialmente al más necesitado. Por eso sois un auténtico regalo para la Iglesia diocesana y para la parcela de sociedad en la que ella vive. Como dice *Caminar desde Cristo* en el nº 9, y me ciño a la realidad de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol, la más pequeña y extrema de las gallegas, los religiosos y religiosas siempre encontráis en cada Iglesia particular

- Enfermos que curar: las Siervas de Jesús en el Hospital General de Ferrol.
- Transeúntes que acoger: en el Refugio de Ferrol, donde es bien conocida y querida una Sierva de Jesús, la Hna Amparo. Ella representa para ellos la madre o la esposa que nunca tuvieron o que perdieron o abandonaron en los enigmas de la vida.
- Las Hijas de la Caridad en Mondoñedo derrochan cariño y hacen presente en nuestro mundo la locura del amor de Dios entregándose a los discapacitados psíquicos mayores. ‘Nuestros chicos’, les llaman ellas con todo cariño.
- Siempre encontráis ancianos que cuidar y acompañar, especialmente aquellos que no pueden vivir con sus familias ni pagar otras Residencias. Así lo testimonian las Hermanitas de Ancianos Desamparados en Piñeiros y en Viveiro, e igualmente las Franciscanas de la Madre del Divino Pastor en Villalba.
- ¿Y qué decir de la atención a menores de familias desestructuradas? Los más pequeños, con apenas unos meses de vida inspiran ternura, pero los mayorcitos, a veces, maliciados por la vida, presentan resistencias, atacan, y hasta son capaces de denunciar a quienes sólo saben educarlos desde el amor. Con estos pequeños trabajan las Hijas del Divino Celo en Burela, las Esclavas de la Inmaculada Niña en Viveiro, las Hermanas Apostólicas de Cristo Crucificado en O Barqueiro.
- Siempre encontráis alumnos que educar hoy que nos hallamos ante lo que el Papa llama la ‘emergencia educativa’. En el mundo urbano y en el mundo rural. Ahí están los testimonios de la Compañía de María (San Amaro y Lestonac en Ferrol), La Salle, Discípulas, Mercedarios y Mercedarias, Hijas de Cristo Rey también Ferrol. Y en el mundo rural: Salesianos en Foz, Terciarias Franciscanas de la Purísima en el Colegio del Pilar en Foz e Hijas de la Caridad en Ribadeo,
- Os hacéis presente en el mundo rural: las religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos en Abadín privilegian compartir las alegrías y las penas de los labradores y ganaderos, especialmente de los ancianos que viven solos; las Franciscanas de la Madre del Divino Pastor en Moimenta colaboran con el sacerdote en la labor pastoral. Las Hermanas de la Fraternidad Reparadora reparten la jornada entre la adoración al Santísimo por la mañana y las tareas pastorales por la tarde en Bretoña y Ortigueira. Las Hermanas Apostólicas de Cristo Crucificado en Guitiriz y las Hijas de la Virgen de los Dolores en Ferreira de Valadouro comparten con los sacerdotes el trabajo de la evangelización manteniéndose muy cercanas a la gente sencilla.
- Los PP. Claretianos atienden parroquias una en Ferrol y otras rurales en la zona de Baltar, plenamente integrados en el presbiterio diocesano.

- Con mujeres que padecen la marginación y la exclusión social, algunas de ellas provenientes del mundo de la prostitución trabajan las Oblatas, muy queridas en la ciudad del mar.

En este sencillo botón de muestra podemos ver cómo todos los consagrados, pero sobre todo las religiosas, movidas por la imaginación de la caridad, se hacen presentes en las nuevas fronteras de la evangelización al servicio de quienes se encuentran en situación de mayor debilidad, como son los nuevos pobres, los discapacitados, los menores de familias desestructuradas, los hombres y mujeres del mundo rural, en una palabra los últimos de la sociedad. Es hora de reconocer que muchas de las nuevas y viejas situaciones de indigencia del mundo actual quedarían sin atender si no fuese por la presencia silenciosa, abnegada y materna de las mujeres consagradas.

Y, además, los cinco monasterios de monjas contemplativas forman parte del ‘tesoro’ de nuestra Diócesis. Dijo un día el Papa Juan Pablo II: “Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del Espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial”¹⁸. En la actual sociedad consumista y hedonista ha de haber quien nos enseñe el asombro ante las ‘mirabilia Dei’, la adoración al misterio de Su presencia viviente. Mientras muchos se afanan en ir ‘tras las cosas de este mundo’ en ansioso afán de posesión, creyendo poder alcanzar así la felicidad, los monjes y monjas, consumiendo su tiempo para Dios solo, nos recuerdan proféticamente que los hombres debemos vivir en el tiempo el amor gratuito recibido de Dios y traspasado a los hermanos.

5. Cercanía amorosa hacia los consagrados

El gran tesoro del don de Dios que es la Vida Consagrada lo custodian frágiles vasijas de barro (cf. 2Co 4, 7). Y en este momento histórico viviendo un duro proceso de purificación en muchas Comunidades. Por eso creo que no es la hora de la crítica y menos de la condena despiadada. Ha sonado el tiempo de convocar a la solidaridad y a la cercanía amorosa hacia los consagrados tanto de los pastores como de los fieles laicos. Estamos seguros que en esta coyuntura Dios logrará que todo sirva para bien de los que le aman (cf. Rm 8, 28). Aun lo negativo puede ser ocasión para un nuevo comienzo, porque el poder de Dios se manifiesta en la debilidad de los hombres (cf. 2 Co 12, 9). Quizá más que las secularizaciones, la falta de vocaciones y el envejecimiento de las comunidades, nos debería preocupar la mediocridad en la vida espiritual, el aburguesamiento progresivo en el estilo de vida y la mentalidad consumista, junto a la tentación del activismo que corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales de los consagrados y consagradas. Cuando los proyectos personales prevalecen sobre los comunitarios, pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad.

No tengáis miedo de concebir vuestra misión fundamental como el testimonio de la centralidad del Dios amigo de la vida, en una vida plena y feliz, que desconcierte por su libertad interior y su alegría. Con palabras del Papa actual: “Pertener al Señor:

¹⁸ JUAN PABLO II, VC 16

esta es la misión de los hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo se salve”¹⁹.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol**

¹⁹ Benedicto XVI, *Alocución a los Superiores y Superiores generales*, 22.05.2006